

Las Graciosas Clases de Jorge Luis

Borges, sin título universitario, logró hacerse de una cátedra en literatura. Jamás reprochaba a nadie, de modo que los haraganes hacían nata en su sala

513813
11/67



del Mercurio, 6.V.2000 p. C12.

De las muchas recompensas que Jorge Luis Borges recibió, quizá ninguna le dio tanta alegría como haber sido nombrado, en 1956, titular de la cátedra de Literatura Inglesa y Norteamericana en la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, en los años 60, nadie iba a las clases de Borges porque supiera que era uno de los más grandes escritores del siglo. Sabios de una época en la cual la política y la ideología tenían cualquier valoración, los alumnos de los 60 consideraban que cursar la cátedra de Borges —que era opcional— era un signo de conservadurismo o de pobreza intelectual. «Alí then las que yo llamaba las tontas, todas esas chicas que no tenían ningún interés intelectual ni crítico; esas chicas que pensaban terminar rápido la carrera para dedicarse a ser profesoras del secundario, como una forma digna de proseguir los pasitos que completaban el ingreso de esa familia que solaban formar luego de casarse de blanco», dijo una crítica.

En su biografía del escritor, María Esther Vázquez recuerda que Borges no reprochaba a nadie, por eso la cátedra también era elegida por los alumnos que buscaban cursar una materia fácil de aprobar («los haraganes», dice Vázquez).

Borges era un temenazo extraño en la facultad. Su enseñanza apelaba al placer y, por eso, recurría a lo que podría llamarse una pedagogía platónica: buscaba provocar en los alumnos el interés por lo que él llamó «esa casi infinita y maravillosa literatura: la inglesa». Como Platón afirma en el *Padro*, Borges creía que sin amor no hay saber, y que tampoco hay amor sin placer. Detestaba una frase que es habitual en los ámbitos de enseñanza: «libros de lectura obligatoria».

«Yo siempre les aconsejé a mis estudiantes que si un libro les aburre lo dejen; que no lo lean porque es humoso, que no lean un libro porque es moderno, que no lean un libro porque es antiguo; la lectura debe ser una de las formas de la felicidad y no se puede obligar a nadie a ser feliz», dice en la entrevista citada «Borges para millones».

EL RESCATE DE LAS CLASES

Borges fue un profesor laxo, optimista y tan poco valorado mientras vivió (recién cuando se estaba por jubilarse se comenzó a sospechar que había un genio rondando los pasillos de la facultad) que casi no quedó registro de sus clases. La tecnología tampoco ayudaba: las grabaciones que ahora se piden tienen registradas en los viejos grabadores de cintas —sin no existía el cassette— y las transcripciones eran muy desprolijas.

El trabajo de Martín Araya y Martín Hadia, editores de las clases de Borges profesor, no fue sencillo: si bien el apuro de los desgrabadores por cumplir con los tiempos de los exámenes permitió dejar intacto el sabor oral del lenguaje borgeano y la conservación de sus digresiones y de sus expresiones más coloquiales, también este apuro llevó a que todos los nombres propios, los títulos de libros y las frases en otros idiomas se transcribieran rígidamente.

Según declaran los editores, algunos casos fueron fáciles de corregir: «Rosetti» era obviamente el poeta Dante Gabriel Rossetti. Pero no fue fácil descubrir que «Bartle» reemplazaba erróneamente el nombre del filósofo George Berkeley. Hubo casos mucho más difíciles de restituir: «Edvorick Hoffe» era el poco conocido, pero importante en la argumentación borgeana, jesuita del siglo XVIII Martin Dohrbierffer; el nombre del profesor Livingston Lowes había sido transcrito erróneamente a partir de una presentada obra «Lyrics and Lowes». Incluso fue difícil reconocer al Dr. Jackyll escondido detrás de una serie de denominaciones tan poco familiares como «Shakli», «Shake», «Shake», «Shake» o «Shake»; Me Hyde no tuvo mayor suerte: para los transcribidos fue «Hi», «Hi» o «Hi!». Según Araya y Hadia estas variaciones convivían en la misma página, incluso en el mismo párrafo.

Entre los versos citados se encuentran varios errores graves que son de agradablemente curioso ver que los que habían desgrabado la clase en que Borges cita un verso de Walt Whitman: transformaron «Walt Whitman, un cosmonauta de Manhattan» en la inquietante «Walt Whitman, un cojo, hijo de Manhattan».

Como veía la literatura desde un punto de vista hedónico y no conluchaba decaído en las teorías, Borges ponía a los autores por encima de los movimientos —los movimientos literarios son una comodidad de los historiadores de la literatura para explicar la singularidad de una obra tan excepcional como la de Dickens, por ejemplo—, Borges narra argumentos y biografía, violando todas las normas literarias y críticas modernas. En un momento maduro está interesado en que los estudiantes amen los libros, disfruten con ellos, se sientan atraídos por la literatura.

Borges creía que lo importante no era «enseñar literatura inglesa» —algo que creía imposible—, sino «compartir el amor por ciertos autores ingleses o por ciertas obras de esos autores; eso es posible y con eso basta, me parece».

(Fuente: Clarín, Buenos Aires)

Las graciosas clases de Jorge Luis. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las graciosas clases de Jorge Luis. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile